

In eo quod Dominus paucos secum detulit ad intuendam gloriam transfigurationis, per paucos ostendit esse eos, qui cœlestem gloriam adepturi sunt. (*S. Ambr. in c. ix Luc.*)

Fulgor ipse, et majestas divinitatis, quæ etiam in humana facie relucebant, ex primo ad se venientes trahere poterat aspectu. (*S. Hier. serm. I in Matth.*)

Filius Dei auditu, conspectu quoque monstratur. (*S. Hilarius*).

Christus toto corpore, tamquam sol radiis resplenduit gloria suæ divinitatis. (*S. Ephrem, orat. de Transfig.*)

In transfiguratione quid aliud, quam resurrectionis gloria nuntiatur? (*S. Gregor. lib. XXXII Mor. c. 7.*)

In hac transfiguratione illud principaliter agebatur, ut de cordibus discipulorum crucis scandalum tolleretur, nec conturbaret eorum fidem voluntariæ humilitas passionis, quibus revelata esset absconditæ excellentiæ dignitatis. (*S. Leo, serm. de Transfig.*)

Moyses et Elias, lex scilicet et Prophetæ, apparuerunt cum Domino loquentes, ut verissime in illa quinque virorum præsentia compleretur quod dictum est: in duobus vel tribus testibus stat omne verbum. (*Id. ibid.*)

Quem sub velamine mysteriorum præcedentia signa promiserant, manifestum, atque perspicuum præsentis gloriæ splendor ostendit. (*Idem*).

His sacramentorum revelationibus Petrus incitatus, mundana spernens, et terrena fastidians in æternorum desiderium quodam mentis rapiebatur excessu; unde et ait: Domine, bonum est nos hic esse. (*Idem*).

Vestimenta sua ostendit alba instar lucis, quia ex toto corpore ejus gloria suæ divinitatis scaturiebat. (*S. Ephrem, orat. de Transfig.*)

Quoniam multa de morte, et passione sua, et de cæde discipulorum locutus est Christus, et aspera quamplurima illis injunxit, gloriam suam in præsentia vita, quantum capere possunt, illis vult ostendere, ne posthac doleant. (*S. Chrysostomus*).

Ubi splendor faciei ostenditur, et candor describitur vestium, non substantia tollitur, sed gloria commutatur. (*S. Hier. in c. xvii Matth.*)

Certe transformatus est Dominus in eam gloriam, qua venturus est postea in regno suo. (*Ibid.*)

Christus apparuit medius inter Moysen et Eliam, tamquam Evangelium testimonium haberet à Lege et Prophetis. (*S. Aug. tract. XVII in Joan.*)

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. iii).

De tal modo amó Dios al mundo, que entregó su unigénito Hijo por él.

1. No vengo á excitar vuestra compasion y vuestras lágrimas con el relato de los crueles padecimientos del Salvador... Estas lágrimas debemos verterlas sobre nosotros que somos reos de su muerte... Todos tienen conocimiento de la Pasion de Cristo, pero pocos la entienden como se debe... Yo me propongo con venceros de la caridad inmensa de Dios que murió por nosotros...

2. Si Dios nos hubiese dejado libre el pedirle una prueba de su amor, ¿habria nadie pensado en pedirle su Hijo?... Y en caso de dárnoslo, ¿quién hubiera pensado que se humanase y padeciese?... Y ¿qué seria si Dios os hubiese prometido daros su Hijo degradado..., reducido á la condicion de esclavo, atormentado hasta morir?... ¡Ah! basta, basta... Sin embargo, esta es la verdad... Colegid de ella su amor!...

3. Palabras del profeta Miqueas: *Numquid*, etc. ¿Cuándo se ha visto que por amor á sus vasallos rebeldes un rey condenase á muerte á su propio unigénito Hijo?... Esto lo hizo el Dios Padre, ¿Podrémos aun dudar de su amor?

4. Jesús muere porque quiere, y quiere porque ama infinitamente á su Padre y desea salvar á los hombres satisfaciendo por ellos. Su muerte debiera ser, por lo tanto, gloriosísima... Sin embargo, solo apareció en ella todo lo que causaba infamia y afrenta... Por cumplir la voluntad del Padre aceptó las injurias... la cruz. ¿Quién, de otro modo, hubiera podido someterle á ella?... *Quomodo nos amasti*... (San Agustin).

5. Dios nos amó tanto sin ningun merecimiento nuestro... En su sola bondad halló la razon del amor que nos tuvo... Buscó la medida de su amor, no en nosotros, sino en sí mismo...

6. No solo nos amó Dios sin merecerlo nosotros, sino á pesar de nuestros deméritos...

7. Un medio, aunque ineficaz para su salud, les quedaba á los hombres; era pedir á Dios misericordia confesándose culpables; pero, orgullosos, no querian reconocerse tales, y á su parecer no necesitaban de misericordia.

8. Y ¿quién dará muerte al Hijo de Dios? Los mismos hombres por quienes muere... Explicad, si podeis, tan pasmoso misterio... Ved lo que debeis pensar de su amor y de nuestra perversidad... Mirémonos las manos, en ellas tenemos el precio de nuestra redencion... La crucifixion de Jesús los hebreos la miraban con escándalo, los gentiles como una locura...

9. Si en vez de ser Dios el ofendido por nosotros, hubiéramos sido nosotros ofendidos por él, ¿nos hubiéramos atrevido á exigir de él para aplacarnos lo que hizo para salvarnos?... ¿Qué humillaciones y padecimientos los de Jesús!...

10. Flagelacion... Corona de espinas... Cruz á cuestas... Crucifixion... Abandono de su Padre... ¿Estais satisfechos con esto?...

11. ¿Quereis que lo sufra todo en silencio? Pues vedle que no profiere una sola queja... Vedle como cual inocente cordero no abre la boca contra los que le quitan la vida... Si habla es para pedir perdon por sus mismos verdugos... ¿Qué falta para que le concedais vosotros el vuestro?...

12. Pero, basta ya... No fue Dios quien nos ofendió, sino nosotros á él... Á ser él nuestro ofensor, ni él mismo hubiera podido hacer mas para merecer nuestro perdon, ni nosotros hubiéramos podido negárselo.

13. De lo dicho se infiere que por amor hizo Dios morir á su Hijo; que este se sujetó á morir por amor, y que el amor y nuestros pecados fueron los ministros de su muerte... Lo primero exige de nuestra parte gratitud; lo segundo, arrepentimiento... ¿Será este sincero y duradero? ¿Cuántos?... Haced el firme propósito de amar á quien tanto os ha amado, y de morir antes que volver á pecar... ¿Os atreveríais á posponerle de nuevo á Barrabás?... ¡Ah! no; no será así... Ya os veo arrepentidos...

SERMON I

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. III).

De tal modo amó Dios al mundo, que entregó su unigénito Hijo por él.

1. Sentiria mucho, hermanos míos, que os hubiéseis reunido hoy en este lugar con la idea de oír de mi boca una prolija relacion de la Pasion de Jesucristo, y con la esperanza acaso de derramar abundantes lágrimas de compasion á vista de los crueles padecimientos de un inocente; pues por dulces que sean las lágrimas que con tal motivo se derraman, no es mi ánimo satisfacer en esta parte vuestros deseos y esperanzas. No tengo yo el corazon bastante duro para detenerme en la consideracion de tan lastimosos sucesos, ni pudiera mi lengua hacerlos un minucioso relato de ellos, y aunque pudiese, no me atreveria á hacerlo, por parecerme una cosa demasiado cruel. Por otra parte, discurriendo con mas sutileza, ¿qué compasion os parece que merezca Jesucristo por sus padecimientos y aflicciones, considerados con respecto á aquel dolor corporal que nos causan los padecimientos de toda criatura sensible? Yo creo que no merece ninguna. Jesucristo padeció porque quiso, pues podia, con mas facilidad que yo lo digo, evitar los tormentos y la muerte; y ¿quién se compadeció jamás del que padece por su voluntad? Por tanto, otros deben ver los sentimientos que el Señor desea inspirarnos: reservad, pues, vuestras lágrimas para mas digna y justa causa. Cristo padeció porque nos amó mas que á sí mismo, y por causa de nuestros pecados, por los cuales quiso satisfacer á la justicia divina: de manera, que nosotros somos verdaderamente reos de la muerte de este Hombre-Dios. Por esto hemos de llorar; por esto hemos de derramar lágrimas de cordial, acerbo y mortal dolor; y si hay entre vosotros alguno que esté penetrado

de amor y reconocimiento hácia su Redentor, y conozca el mal que ha hecho, este llorará, y llorando el mal que hizo, se guardará de hacerlo en adelante. Este es verdaderamente el amor y estas las lágrimas que Jesucristo nos pide, y que yo vengo á exigir de vuestro piadoso corazón. Y ¿habría tal vez alguno de vosotros que dejase de amarle? Yo, á la verdad, no dudo de la ternura de vuestros sentimientos; lo que me hace dudar son las consecuencias de vuestro temor. El conocimiento de vuestra ruindad, de vuestra ingratitude de los demás pecados vuestros, pudiera quizá haceros temer que Dios os aborreciese y repudiase como enemigos; lo cual os causaría un arrepentimiento mezclado de desesperacion, que ahogaría vuestro amor. Y ¿cómo podríais amar á Dios, si creyérais que no sois ni podeis ser amados de él? Podríais temerle, temblar con la idea de sus venganzas; pero amarle, jamás. Sin embargo, este buen Dios quiere que le améis, y á este fin quiere mostraros que os ama. Sabe todas las razones que teneis para dudar de su amor, y quiere desvanecerlas y anularlas dando las mayores seguridades del entrañable amor que os profesa, y de lo mucho que desea vuestro bien, de lo cual os dará hoy la prueba mas evidente y poderosa por medio de su dolorosa Pasion. Todos tienen conocimiento de la Pasion de Cristo; pero pocos la entienden derechamente, y la mayor parte todo lo ven en ella menos el admirable testimonio de amor que con ella nos ha dado nuestro Dios. Propóngome, hermanos míos, convenceros de la caridad inmensa de este Dios que murió por vosotros; mas sea cual fuere la eficacia de mis razones, libres seréis de amarle ó de dejarle de amar; de llorar por la sola compasion que os inspiren sus penas, ó por el cordial dolor que os causen vuestros pecados.

2. Ante todo os ruego que olvideis por un momento todo cuanto sabeis acerca de la Pasion de nuestro Redentor. Esto supuesto, pregunto: Si Dios, asegurándoos que os amaba, os hubiese ofrecido daros las mayores seguridades de su amor, dejándolas á vuestra eleccion; si os hubiese dicho: pedidme las pruebas que queráis, ya sea que las busqueis en la profundidad de la tierra, ó en la sublimidad de los cielos: no temais pedir demasiado: *Pete tibi signum à Domino Deo tuo, sive in profundum inferni, sive in excelsum supra*; reflexionadlo bien: ¿qué os parece que hubiérais pedido? Ya sabeis que Dios tiene infinitos bienes que él puede daros y vosotros podeis pedirle; mas sabiendo que tiene un Hijo por él engendrado, Dios como él, y á quien ama ni mas ni menos que á sí mismo, es decir,

con un amor infinito, ¿cuál de vosotros se hubiera atrevido, no digo á pedirlo á Dios, sino á pensar siquiera que Dios pudiese dároslo? Creo que ninguno. Pero aun hay mas: ¿quién de vosotros hubiera podido esperar, que al concederos este Hijo amado, le hiciese tomar además vuestra misma carne y vuestra misma naturaleza, de suerte que, apropiándose todas vuestras costumbres y maneras, vuestra vida con todas sus miserias é imperfecciones, y convirtiéndose de este modo en hermano vuestro, os diera juntamente toda su confianza y las pruebas mas patentes de su ternísimo amor? ¿Quién de vosotros, repito, hubiera esperado esto? No dudo que hubiérais condenado por sacrílego é impío al que se hubiese atrevido á esperar y pedir tanto. Paso mas adelante. Si Dios mismo, no á ruegos de alguno, sino espontáneamente, para daros testimonio de su amor, os hubiese ofrecido una prueba increíble de él; si os hubiese dicho que haría encarnar á su amado Hijo unigénito, y lo haría humillar de esta suerte para que estuviérais ciertos de su caridad para con vosotros; estoy casi seguro de que os hubiérais horrorizado, y hubiérais juzgado mas increíble esta prueba de amor que Dios os ofrecía, que el amor mismo que con ella quería probaros; pues en realidad seria mucho mas de admirar que Dios os diera su propio Hijo y lo hiciera hombre por vosotros, que no que os profesara el mayor amor. No he concluido todavía. ¿Qué seria si Dios os hubiese prometido daros su Hijo, no solo encarnado, sino degradado de la gloria natural de imágen suya y Verbo suyo, reducido á la condicion de esclavo, vituperado con toda suerte de baldones y oprobios, sumido en la pobreza y el desprecio, afligido y atormentado hasta morir pendiente de un infame patíbulo como el mayor de los facinerosos?... ¡Ah! basta, basta; nos helaríamos de espanto, y casi estaba por decir que no daríamos crédito al mismo Dios; porque nos parecería menos increíble que Dios mintiese, que no que por amor de los hombres hiciese morir deshonorado á su propio Hijo. Sin embargo, nosotros tenemos continuamente á la vista este hombre crucificado, lo creemos verdadero Hijo de Dios, y sabemos todo cuanto padeció por nosotros en la tierra. En vista de esto dejo á vuestra consideracion lo que debéis pensar y creer acerca del amor de Dios.

3. Buscando en los pasados tiempos un ejemplo en que se nos mostrase un hombre que diera otro hombre en justa y generosa satisfaccion de sus propias culpas, me ocurrió el siguiente del profeta Miqueas (c. VI, v. 6), que por cierto no es trivial ni de escasa

importancia. ¿Cómo podré yo, dice el Profeta, aplacar al Señor? ¿le sacrificaré en expiacion de mi pecado mi hijo primogénito, fruto carísimo de mis entrañas? *Numquid dabo primogenitum meum pro scelere meo? et fructum ventris mei pro peccato animae meae?* Si este hijo primogénito consintiese, ó lo que es mas, se ofreciese espontáneamente á morir por su padre, reo de delito capital, para salvarle de la muerte, seria este sin duda un acto muy generoso. Pero ¿qué seria si un hijo inocente se ofreciese á morir, y hasta su padre mismo le condenase á muerte por salvar á uno de sus siervos, el mas vil de ellos, y librarle de un suplicio afrentoso? ¿Qué seria si un monarca, ofendido é irritado de las perfidias de algunos vasallos rebeldes, condenase á muerte á su propio Hijo unigénito, tan amado de él como su misma vida, tomando en su persona solemne justicia por salvar á aquellos rebeldes? ¿Cuándo se ha visto esto? ¿quién lo ha creído posible?... Pues ¿qué dirémos del Dios Padre, que hizo verdaderamente todo esto? de un Dios que, injuriado por los hombres, á quienes, no obstante su perversidad, amaba tiernamente; para librarles de la perdicion eterna hizo morir á su propio Hijo natural, Dios como él, movido de su ardiente amor para con aquellos ingratos? ¿Quién hubiera llegado á pensarlo? ¿quién se hubiera atrevido á pedirselo? ¿quién podia merecer tan inmensa misericordia? Aunque careciésemos de fe, aunque no tuviésemos conciencia ni amor de Dios, no hubiera llegado á tanto nuestra presuncion; antes bien, si Dios nos hubiese ofrecido darnos tan grande prueba de amor, debiéramos haberla rehusado por reverencia, por deber y por natural piedad, y deberíamos haber preferido sufrir la pena de muerte en que habíamos incurrido, antes que consentir de parte de un Dios un arranque de caridad, á nuestro parecer tan excesivo y cruel, como el de sacrificar por nosotros su Hijo unigénito. Pero dejémonos de toda suposicion: el caso ocurrió verdadera y puntualmente como acabo de indicarlo; ninguno de nosotros lo duda; y ¿podemos aun dudar del amor de Dios?

4. Pero demos que solo la muerte del Hijo de Dios debiese reconciliar á los hombres con la justicia del Padre. Si tan grande es el amor que le alienta y mueve, ¿quién seria capaz de abarcar ni medir sus límites? Pero sea notorio á lo menos, que muere por nuestro solo amor; sepamos todos que sacrifica voluntariamente la vida por el honor de su Padre: de este modo su caridad obtendrá un magnífico y solemne triunfo. Mas aquí es donde el inmenso y

misterioso amor de Dios para con los hombres aparece mas grande é increíble, pues niega á su Hijo hasta la gloria de su generosa muerte, haciéndole morir á los ojos de todo el mundo de una manera vergonzosa é infamante. Advertid, hermanos míos, la profundidad de este misterio. El sacrificio de Jesucristo era el mas santo, noble, provechoso y divino que darse pudiese. El mérito de este grande acto consistia en la libre eleccion con que aquella víctima divina se sacrificaba por el amor de los hombres y por la gloria de Dios. Su oblacion era del todo voluntaria y su obediencia enteramente filial y cordialmente amorosa: *Oblatus est quia ipse voluit*. Moria, en fin, porque queria, y queria morir porque amaba infinitamente á Dios Padre, y deseaba salvar á los hombres satisfaciendo por ellos: *Ego pono animam meam à me ipso*. Es menester, hermanos míos, que consideremos todo esto, y que al pensar en la muerte de Jesucristo no nos compadecemos solamente como nos compadecemos de un ladron ó de otro infeliz malhechor condenado á muerte por sus delitos. Nuestro Redentor muere como un héroe santísimo que da su vida y la sacrifica por la honra de Dios y por la salvacion del mundo, y por lo tanto su muerte debiera serle gloriosísima, como el acto mas espléndido de noble y libre caridad. Pero ¡oh nuevo prodigio de amor y santidad! Todo lo que debia ennoblecer su muerte quedó secreto y oculto, y solo apareció exteriormente lo que causaba infamia y afrenta. Ninguno, fuera de su Madre, conoció la generosidad de su amoroso propósito; ninguno supo la libre eleccion que habia hecho de su muerte; ninguno vió que solo el amor le habia clavado y le tenia suspendido en la cruz. Mostraba ser un reo como los otros, condenado por un delito capital escrito para conocimiento de todos en el mismo instrumento de su suplicio: mostraba ser un hombre que no habia podido escapar de las manos de sus enemigos, ni bajar de la cruz cuando le provocaban á ello con mil insultos. Si es Hijo de Dios, decian, baje del patíbulo, y lo creeremos. ¿Cómo es que habiendo salvado á tantos otros, no puede salvarse á sí mismo? ¡Ah! este era un misterio que solo podia explicar aquel amor que aquellos hombres ingratos no sabian ver en él. Por lo mismo que queria salvar á los otros, no podia ni queria salvarse á sí propio; pero esto nadie lo sabia, y por eso moria deshonorado é infamado á los ojos del pueblo. Su Padre le habia mandado morir por los pecados que él no habia cometido; y aquel amado Hijo unigénito, deseoso de ver cumplida en él la voluntad de su Padre, habíala aceptado con afectuosa y pronta obe-

diencia: por cumplir su voluntad aceptó las injurias, los escarnios, los azotes, las llagas y la cruz. De otro modo, ¿cuál de los hombres era capaz de someterle, siendo, como era, la virtud omnipotente de Dios? Entre tanto el Padre recibía en secreto el sacrificio interior de su Hijo, y aceptaba la humilde y libre oblación de su vida; pero estas divinas operaciones permanecían ocultas, sin que ninguna de ellas apareciese exteriormente. El Dios todopoderoso ocultaba su autoridad bajo la de aquellos malvados jueces, que parecían justos; y encubría su beneplácito con la crueldad y con el odio de aquellos impíos que derramaban la sangre de su Hijo, que parecía haber merecido la muerte. De ahí el que la inhumana flagelación, las bofetadas, las salivas, las afrentas, los insultos, los clavos y la muerte apareciesen como penas y castigos por él merecidos; de ahí el que muriese en opinión de criminal: *Et cum sceleratis reputatus est*. Y en verdad todo lo mereció, porque si nosotros merecíamos aquellas penas, merecíamos también el Hijo de Dios desde el momento que se había encargado de satisfacer por nosotros; y Dios, para mostrarnos cuánto nos amaba, se mostró con él tan severo y nada le perdonó: *Quomodo nos amasti*, decía san Agustín, llorando á los pies del Crucificado; *Pater bone, qui Filio tuo unico non pepercisti, sed pro nobis impiis tradidisti eum! Quomodo nos amasti, pro quibus ille, qui non rapinam arbitratus est esse æqualis tibi, factus est subditus usque ad mortem, mortem autem crucis!* (Aug. Conf. X, 43). Esto es verdaderamente un milagro de abnegación y amor.

5. Después de haberos manifestado la inmensidad de este amor, sería por demás añadir que Dios nos amó tanto sin ningún merecimiento nuestro: no obstante, siendo este un hecho de importancia suma, y reconocida por todos nosotros, diré algunas palabras acerca de él. Imposible parece á nuestra débil comprensión que un hombre pueda amar á otro hombre, si no descubre en él cualidad ni circunstancia alguna buena que provoque su amor; pues si no vemos en nuestros semejantes alguna cosa amable, de ningún modo podemos poner en ellos nuestro afecto. Así es que nosotros, midiendo neciamente el amor de Dios por el nuestro, dudamos que Dios pueda ó quiera amarnos, no viendo en nosotros la menor cosa digna de amor: humildad falsa é injuriosa á aquel sumo Bien, por cuanto le niega la nobilísima calidad, propia de su naturaleza perfectísima é infinita, de amar á otro sin que lo merezca, pues no teniendo necesidad de cosa alguna, no busca el mérito, sino que lo pone y crea en aquellos á quienes quiere amar: *Charitate perpetua dilexi te; ideo* (esta es la

grande y única razón) *attracti te, miserans tui*. Aquí es, dice san Pablo, donde se nos mostró la suma bondad y benignidad del Señor; pues nos amó y salvó en su Hijo Jesucristo, no por nuestras obras, ni por nuestros méritos, sino por pura y simple misericordia. En su sola bondad halló la razón del amor que nos tuvo; amó en nosotros aquel mismo amor con que nos amó gratuitamente: á esto se reduce todo el mérito que nos hizo acreedores á su amor: *Meritum meum*, decía el gran Agustín, *miserordia tua*. Y no se contentó nuestro bondadoso Dios de amarnos con regular medida, sino que nos amó con aquel amor inmenso que todos sabéis. Buscó la medida de su amor, no en nosotros, sino en sí mismo y en su propia bondad, y siendo esta infinita, no podía en cierto modo amarnos menos de lo que nos amó; de manera que la inconmensurable caridad que con nosotros usó, dándonos su propio Hijo y haciéndole morir por nosotros, considerada bajo este respecto, no es tan excesiva y superabundante como parece, cuando se considera absolutamente.

6. He dicho que Dios nos amó sin merecimiento alguno de nuestra parte, y he dicho mal: debía decir, y digo que nos amó á pesar de los infinitos deméritos que habíamos contraído con nuestros pecados; nos amó cuando, por el contrario, debía odiarnos, y nos colmó de sus bondades, cuando merecíamos que nos tratase con la mayor severidad. Preguntad á san Pablo cuáles eran los merecimientos de los hombres, cuando Dios hizo el misericordioso propósito de salvarles con la muerte de su Hijo. Nosotros éramos también, dice á su amado Tito, necios, incrédulos, descaminados, esclavos de varios afectos y deleites, viviendo en malicia y en envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos los unos á los otros. Esa multitud de vicios, ese cúmulo de maldades que vió Dios en nosotros, fue lo que le movió á amarnos con tal predilección. ¡Dios de infinita bondad! tú que dices que aborreces á los pecadores y al pecado, y que solo amas á los justos y á los buenos, ¿cómo pudiste amarnos á nosotros, pecadores, iníquos y soberbios? ¿á qué pecadores podías aborrecer cuando no nos aborreciste á nosotros? ¡Oh misericordia infinita! en qué viles criaturas pusiste tan grande amor! por qué miserables seres obraste tan gran milagro de caridad!

7. No obstante su gran perversidad, todavía quedaba á los hombres pecadores un recurso que, aunque ineficaz y nulo en sí mismo, pudiera sin embargo haber bastado á la infinita bondad de Dios para amarles y favorecerles; cual era el de confesarse culpables y

dignos de aborrecimiento y de castigo, y pedir misericordia llorando amargamente sus pecados. Esta hubiera sido para el benigno corazon de Dios una dulce violencia, que quizás le hiciera compadecer de aquellas desdichadas cuanto ruines criaturas. Pero ¡ay de mí! ni aun este mezquino resto de bondad quedaba á los hombres! Eran, no solo pecadores, sino tambien orgullosos y soberbios; ni se conocian á sí mismos, ni querian conocer á Dios, á quien ofendian maliciosamente. Teníanse por justos, y no se acordaban siquiera de una misericordia, que á su parecer no necesitaban. Recibian continuos beneficios del verdadero Dios, y adoraban y daban gracias á unos dioses de madera y de piedra, ó mejor, á los demonios: ¡ingratos! ¡impíos, blasfemos! Y sin embargo, estos, no ya hombres, sino peores que bestias, que no solicitaban ni estimaban en nada el amor de Dios, fueron los mismos á quienes amó Dios hasta tal punto, que despues de haberles colmado de toda suerte de bienes, hizo morir á su propio Hijo para salvarles de la muerte eterna: ¡portento de caridad que arrebató la imaginacion y confunde el entendimiento! En verdad, solo por este pecado, es decir, por haber, contra toda razon y justicia, deshonrado su divinidad amando á tan desnaturalizadas y feroces bestias, merecia Jesús la muerte que padeció. Perdóname, Dios mio, estas palabras...

8. Morirá, pues, infamemente el Hijo de Dios, ya que tal es su voluntad, por los hombres soberbios é inícuos, y los salvará con su muerte. Pero ¿quién será capaz de dar muerte al Hijo de Dios? Para esto preciso será buscar verdugos que no le conozcan, y que carezcan de todo sentimiento, de toda razon y de toda piedad. Solo las mas crueles fieras podrian ser ministros de esta muerte sacrilega, aun suponiendo que su natural instinto no les diera á conocer, al tiempo de tocarlo, su divino Criador, y no amansara toda su ferocidad; pues yo no dudo que los mismos leones, los tigres y las hienas, movidos de natural reverencia, se hubieran echado á sus piés para adorarle. Pero ¿qué tigres ni qué hienas estoy diciendo? á manos de los hombres morirá Jesucristo, de aquellos mismos hombres á quienes salvará con su muerte. ¡Dios santo! ¿Así satisfarán los hombres por sus pecados? ¿cometiendo el mayor y mas execrable de los delitos contra aquel mismo Dios que los salvará de la muerte eterna? ¿Y Dios ha escogido este medio para salvarles? Cristo muere por la salvacion de los hombres; ¿y estos hombres atentan contra la vida de aquel mismo que les ama hasta el punto de dejarse matar por ellos? Sí, esto es lo que hizo Dios;

esto es lo que hicimos nosotros. Tal fue el cúmulo de inauditas maldades y de increíbles sacrilegios que el hombre pecador cometió contra su Redentor y Dios: menospreció la misericordia misma que le salvaba; violó y holló aquella sangre que expiaba sus delitos; insultó aquella divina paciencia que imploraba para él el perdon del Padre, y trató á este buen Dios, que le amaba mas que á sí mismo, como el mas vil é infame de los malvatos. Y el efecto de tan enormes y horribles delitos debia ser la redencion y la salvacion de aquellos que los cometian. Explicad, si podeis, esta multitud de inauditos y pasmosos misterios que el amor de Dios acumuló en sí mismo; y despues de esto, ved qué es lo que debeis pensar acerca de su amor y de nuestra perversidad. Lo cierto es que, para que nadie pudiese dudar de la verdad de este prodigioso exceso de amor, los primeros que gozaron del fruto de esta sangre fueron los mismos que la derramaron y por quienes Jesucristo habia rogado especialmente en su agonía. El apóstol san Pedro, en su primera predicacion, dirigió su voz á aquellos mismos hombres que cincuenta dias antes habian crucificado al Salvador, cuya sangre veia todavia humear en sus manos; y habiéndole aquellos preguntado llorando si les quedaba algun medio de alcanzar misericordia, respondióles el santo Apóstol: Miraos las manos, desgraciados; en ellas teneis el precio de vuestra salvacion: este precio es la sangre que habeis derramado. Dad gracias, despues de Dios, á vuestro delito, pues por este mismo seréis salvados: *Pœnitentiam agite, et baptizetur unusquisque vestrum in nomine Jesu, Christi, in remissionem peccatorum vestrorum;* queriendo decir, lavad vuestras culpas con la sangre que habeis derramado: *et accipietis donum Spiritus Sancti.* Fue tal este exceso de amor, que los mismos hombres á quienes Dios habia amado tanto no quisieron creerlo; y por un exceso contrario de ingratitud mas que bestial, se mofaron de él calificándolo de locura. ¡Un Dios que se hace hombre! ¡un Dios humillado y afrentado como un malhechor! ¡un Dios que se deja matar, atormentar y clavar en cruz por aquellos mismos por quienes muere! ¡Imposible! ¡mentira! ¡Y todo esto por amor de aquellos mismos hombres que le hacian morir! ¡Qué delirio! Seria una iniquidad el pensar siquiera que Dios fuese capaz de semejante locura. Así se burlaban los gentiles y los hebreos de la caridad verdaderamente inaudita y del excesivo amor de Jesucristo que queria y debia salvarles: *Prædicamus Christum crucifixum; judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.*